

FIDELIDAD

1. Fidelidad, lealtad y perseverancia. 2. Fidelidad de Dios y fidelidad del cristiano. 3. Fiel en lo poco. 4. Lealtad a la Iglesia.

La fidelidad es una virtud que lleva a ser firme y constante en la ejecución de los compromisos moralmente rectos que se han adquirido y a no faltar a la palabra dada. Es virtud esencial para el buen desarrollo de la vida social y en las relaciones con Dios. La referencia a la fidelidad es muy frecuente en la enseñanza de san Josemaría. No es extraño porque la fidelidad pertenece al ámbito de la justicia, que, desde una perspectiva bíblica, se identifica con la santidad. En todo caso, san Josemaría la ve íntimamente unida a la santidad misma y al apostolado, en cuanto llamada divina –vocación– y respuesta a esa llamada: “Cristo ha puesto como condición, para el influjo de la actividad apostólica, la santidad; me corrijo, el esfuerzo de nuestra fidelidad, porque santos en la tierra no lo seremos nunca. Parece increíble, pero Dios y los hombres necesitan, de nuestra parte, una fidelidad sin paliativos, sin eufemismos, que llegue hasta sus últimas consecuencias, sin medianías ni componendas, en plenitud de vocación cristiana asumida y practicada con esmero” (AD, 5).

Éste es el contexto en el que habla habitualmente de fidelidad: fidelidad a la vocación cristiana, a la llamada universal a la santidad y al apostolado, y a la concreción que Dios mismo hace a través de la vocación personal de cada uno en la Iglesia.

1. Fidelidad, lealtad y perseverancia

En los escritos y la predicación del fundador del Opus Dei, junto a la fidelidad ocupa un lugar importante la lealtad, como si fueran conceptos prácticamente equivalentes (cfr. BURKHART - LÓPEZ, II, pp. 433-434). A veces, sin embargo, parece que la distingue, considerándola como el sustrato meramente humano de la fidelidad que, como virtud sobrenatural, asume

la lealtad humana y la eleva al orden de la gracia. En esa línea, acostumbra a recurrir a imágenes y modelos de lealtad humana para ilustrar la fidelidad cristiana como tal, sin olvidar que, para él, lo humano y lo divino deben estar siempre armónicamente unidos.

Íntimamente ligada a la fidelidad está también la “perseverancia”, que vendría a ser su consecuencia principal, su manifestación más visible. Más aún, no hay verdadera fidelidad si no es perseverante, si no se vive siempre y para siempre. Por eso, son virtudes muy relacionadas con la esperanza: “A mí, y deseo que a vosotros os ocurra lo mismo, la seguridad de sentirme –de saberme– hijo de Dios me llena de verdadera esperanza que, por ser virtud sobrenatural, al infundirse en las criaturas se acomoda a nuestra naturaleza, y es también virtud muy humana. Estoy feliz con la certeza del Cielo que alcanzaremos, si permanecemos fieles hasta el final; con la dicha que nos llegará, *quoniam bonus*, porque mi Dios es bueno y es infinita su misericordia” (AD, 208).

2. Fidelidad de Dios y fidelidad del cristiano

El principal apoyo para la fidelidad del cristiano es, para san Josemaría, la misma fidelidad de Dios. Dios, que es siempre fiel, es la garantía mayor, el principal fundamento de nuestra propia lealtad. Con la gracia de Dios, el cristiano se atreve a proponerse ser fiel: “¿Que cuál es el fundamento de nuestra fidelidad? –Te diría, a grandes rasgos, que se basa en el amor de Dios, que hace vencer todos los obstáculos: el egoísmo, la soberbia, el cansancio, la impaciencia...” (F, 532). Y esto con confianza plena, sabiendo que “si no le dejas, Él no te dejará” (C, 730); “Dios no se deja ganar en generosidad, y –¡tenlo por bien cierto!– concede la fidelidad a quien se le rinde” (F, 623). Incluso si en algún momento le dejáramos, Él acudiría con su gracia para ayudarnos a reemprender el camino,

ya que, como dice san Pablo, “Dios es fiel, y no puede negarse a sí mismo” (2 Tm 2, 13). Por eso, san Josemaría, que acudía y enseñaba a acudir para todo a Dios, lo hacía con más intensidad cuando se trataba de ser fiel: “Señor, solamente confiaré en Ti. Ayúdame, para que te sea fiel, porque sé que de esta fidelidad en servirte, dejando en tus manos todas mis solicitudes y cuidados, puedo esperarlo todo” (F, 903).

Sin embargo, la confianza en Dios, decisiva e imprescindible, no excusa de la necesidad del esfuerzo personal por ser fiel, más bien al contrario: la fidelidad es lucha y correspondencia a la gracia: “Ser fiel a Dios exige lucha. Y lucha cuerpo a cuerpo, hombre a hombre –hombre viejo y hombre de Dios–, detalle a detalle, sin claudicar” (S, 126). En la práctica, san Josemaría es muy consciente de los altibajos que puede sufrir el alma, aunque sepa que la ayuda nunca falta. Por eso, insiste en el valor de las sombras tanto como en el de las luces, en el conjunto de la perseverancia: “Me confiabas que Dios, a ratos, te llena de luz; en otros, no. Te recordé, con firmeza, que el Señor es siempre infinitamente bueno. Por eso, para seguir adelante, te bastan esos tiempos luminosos; aunque los otros también te aprovechan, para hacerte más fiel” (S, 341). “¡Anímate!..., también cuando el caminar se hace duro. ¿No te da alegría que la fidelidad a tus compromisos de cristiano dependa en buena parte de ti? Llénate de gozo, y renueva libremente tu decisión: Señor, yo también quiero, ¡cuenta con mi poquedad!” (F, 361).

En la línea de un posible alternarse de luces y sombras, san Josemaría evoca incluso la posibilidad de un predominio claro de estas últimas en la vida espiritual de una persona. El criterio es, todavía entonces, la fidelidad firmemente apoyada en la confianza en Dios: “Tú, que has visto clara tu condición de hijo de Dios, aunque ya no la volvieras a ver –¡no sucederá!–, debes continuar adelante en tu camino, para siempre, por sentido de fidelidad,

sin volver la cara atrás” (F, 420). El punto recién citado parece clave para captar toda la hondura y la importancia que el fundador del Opus Dei atribuye a la fidelidad como virtud cristiana: es una fidelidad que se apoya en Dios mismo, eternamente fiel e inmutable, todopoderoso, firme e inquebrantable. Por eso, basta un instante de contemplación de esa eterna fidelidad divina para seguir adelante con la propia fidelidad, que viene de Él. La fidelidad es confianza en Dios mismo.

Hay dos textos importantes de san Pablo, en los que san Josemaría se apoyaba especialmente para esta enseñanza. Citamos un pasaje en el que aparecen unidos: “No podemos abandonar nunca la confianza de llegar a ser santos, de aceptar las invitaciones de Dios, de ser perseverantes hasta el final. Dios, que ha empezado en nosotros la obra de la santificación, la llevará a cabo (cfr. Flp 1, 6). Porque si el Señor *está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que ni a su propio Hijo perdonó, sino que le entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo, después de habernos dado a su Hijo, dejará de darnos cualquier otra cosa?* (Rm 8, 31-32)” (ECP, 176).

A la hora de desglosar el objeto de la fidelidad, a san Josemaría le gustaba hacer especial referencia a tres realidades nucleares: “Suelo afirmar que tres son los puntos que nos llenan de contento en la tierra y nos alcanzan la felicidad eterna del Cielo: una fidelidad firme, delicada, alegre e indiscutida a la fe, a la vocación que cada uno ha recibido y a la pureza. El que se quede agarrado a las zarzas del camino –la sensualidad, la soberbia...–, se quedará por su propia voluntad y, si no rectifica, será un desgraciado por haber dado la espalda al Amor de Cristo” (AD, 187).

Como queda patente, san Josemaría ve una estrecha relación entre felicidad y fidelidad (cfr. S, 84): el parecido de esos términos en castellano le permite realizar un cierto juego gramatical que le sirve para mostrar algo muy profundo: si la fidelidad

lleva a la santidad, lleva a la felicidad plena y definitiva, pero también, por lo mismo, “llena de contento en la tierra”. Como, por lo demás, lo confirma la experiencia, basta mirar a nuestro alrededor: una mujer o un hombre fieles suelen rebosar felicidad, y siembran paz y alegría por donde pasan.

En los escritos y la predicación de san Josemaría encontramos también referencia a los medios para ser fieles que, en suma, son todos los elementos que forman parte de una vida cristiana vivida en plenitud. También aquí le gustaba destacar algunos: “En este clima de la misericordia de Dios, se desarrolla la existencia del cristiano. Ése es el ámbito de su esfuerzo, por comportarse como hijo del Padre. ¿Y cuáles son los medios principales para lograr que la vocación se afiance? Te señalaré hoy dos, que son como ejes vivos de la conducta cristiana: la vida interior y la formación doctrinal, el conocimiento profundo de nuestra fe” (ECP, 8).

El binomio vida interior y formación doctrinal es coherente con toda su enseñanza espiritual, que busca siempre un equilibrio entre la inteligencia y el corazón: por ejemplo, cuando insiste en la necesidad de tener “piedad de niños y doctrina de teólogos” (ECP, 10). Y está relacionado directamente con su insistencia en el cumplimiento de las que solía llamar “normas” del plan de vida espiritual, como despliegue práctico de la vida interior, y por tanto como garantía de esa fidelidad: “Y ¿cómo adquiriré “nuestra formación”, y cómo conservaré “nuestro espíritu”? –Cumplíndome las normas concretas que tu Director te entregó y te explicó y te hizo amar: cúmplelas y serás apóstol” (C, 377). Consejo que hace referencia a las concretas prácticas de vida espiritual recibidas de la Tradición (oración mental, santa Misa, rosario, lectura espiritual, confesión, exámenes de conciencia, etc.), que san Josemaría recomendaba desde el inicio de su labor sacerdotal (cfr. CECH, p. 287) y que continuó

recomendando en orden a la santificación en medio del mundo que enseñaba.

Sobre el segundo polo de ese binomio –doctrina de teólogos–, podemos recordar esta otra reflexión de nuestro autor: “La lealtad exige hambre de formación, porque –movido por un amor sincero– no deseas correr el riesgo de difundir o defender, por ignorancia, criterios y posturas que están muy lejos de concordar con la verdad” (S, 346).

El ser humano, en efecto, debe ser consciente de la necesidad de la fidelidad respecto a los demás; y esto tanto en lo humano –lealtad al compromiso, fidelidad en las relaciones y en el trabajo– como en lo sobrenatural, ya que nuestra vida influye en la vida de otros. Esa consideración debe espolear el empeño personal por unir de forma coherente la fe cristiana y la lealtad: “Hay muchas personas a tu alrededor, y no tienes derecho a ser obstáculo para su bien espiritual, para su felicidad eterna. –Estás obligado a ser santo: a no defraudar a Dios, por la elección de que te ha hecho objeto; ni tampoco a esas criaturas, que tanto esperan de tu vida de cristiano” (F, 20).

El deseo sincero y el propósito firme de ser fiel estaban afirmados en lo más hondo del alma de san Josemaría, y lo expresaba con frecuencia en una jaculatoria consistente de una sola palabra latina que invitaba a repetir: *Serviam!*, Te serviré. “Ese grito –“serviam!”– es voluntad de “servir” fidelísimamente, aun a costa de la hacienda, de la honra y de la vida, a la Iglesia de Dios” (C, 519). “El “non serviam” de Satanás ha sido demasiado fecundo. –¿No sientes el impulso generoso de decir cada día, con voluntad de oración y de obras, un “serviam” –¡te serviré, te seré fiel!– que supere en fecundidad a aquel clamor de rebeldía?” (C, 413).

3. Fiel en lo poco

Coherentemente con su enseñanza sobre la santificación de la vida ordinaria y el valor de las cosas pequeñas en las que esa vida suele consistir, a san Josemaría

le gustaba destacar la importancia de la fidelidad en lo pequeño, recordando lo que dice el mismo Jesucristo en la parábola de los talentos (Mt 25, 21-23): “Porque fuiste ‘in pauca fidelis’ –fiel en lo poco–, entra en el gozo de tu Señor. –Son palabras de Cristo. –”In pauca fidelis!...” –¿Desdeñarás ahora las cosas pequeñas si se promete la gloria a quienes las guardan?” (C, 819).

Aunque afirme que esa fidelidad se manifiesta también en lo poco, san Josemaría tiene siempre presente que es una fidelidad grande, una fidelidad heroica, como es propio de la única y verdadera santidad. La insistencia del fundador del Opus Dei en lo ordinario como medio de santidad no significa que rebaje el listón de la santidad en cuanto tal, pues, en realidad, no se puede rebajar: si no es heroica, no es santidad, no es la santidad de Dios. La clave se encuentra, una vez más, en la intensidad del amor: “Hacedlo todo por Amor. –Así no hay cosas pequeñas: todo es grande. –La perseverancia en las cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo” (C, 813).

San Josemaría presenta también la misma idea desde la perspectiva contraria, es decir, desde el peligro que suponen para el alma una multiplicación o repetición de pequeñas infidelidades: “‘Qui fidelis est in minimo et in maiori fidelis est’ –quien es fiel en lo poco también lo es en lo mucho. –Son palabras de San Lucas que te señalan –haz examen– la raíz de tus descaminos” (C, 243). “Hemos de convencernos de que el mayor enemigo de la roca no es el pico o el hacha, ni el golpe de cualquier otro instrumento, por contundente que sea: es ese agua menuda, que se mete, gota a gota, entre las grietas de la peña, hasta arruinar su estructura. El peligro más fuerte para el cristiano es despreciar la pelea en esas escaramuzas, que calan poco a poco en el alma, hasta volverla blanda, quebradiza e indiferente, insensible a las voces de Dios. Oigamos al Señor, que nos dice: *quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho, y quien es injusto en lo poco, también lo*

es en lo mucho (Lc 16, 10). Que es como si nos recordara: lucha cada instante en esos detalles en apariencia menudos, pero grandes a mis ojos; vive con puntualidad el cumplimiento del deber; sonrío a quien lo necesite, aunque tú tengas el alma dolorida; dedica, sin regateo, el tiempo necesario a la oración; acude en ayuda de quien te busca; practica la justicia, ampliándola con la gracia de la caridad” (ECP, 77).

No estamos ante una consideración meramente teórica, sino también ante la experiencia triste de quien renuncia a ser fiel. San Josemaría la evoca remitiendo a un texto de la Sagrada Escritura: “Me hace temblar aquel pasaje de la segunda epístola a Timoteo, cuando el Apóstol se duele de que Demas escapó a Tesalónica tras los encantos de este mundo... Por una bagatela, y por miedo a las persecuciones, traicionó la empresa divina un hombre, a quien San Pablo cita en otras epístolas entre los santos. Me hace temblar, al conocer mi pequeñez; y me lleva a exigirme fidelidad al Señor hasta en los sucesos que pueden parecer como indiferentes, porque, si no me sirven para unirme más a Él, ¡no los quiero!” (S, 343).

Es claro, por lo demás, que la fidelidad en lo poco es “heroica” si es tenaz y constante; lo que nos reconduce a la estrecha relación entre fidelidad y perseverancia, y permite señalar que una manifestación clara y práctica de la fidelidad es el esfuerzo por seguir avanzando en la vida espiritual, aunque sea sólo un poco más cada día. En estas palabras, se advierte el propósito eficaz de no detenerse nunca: “Desde nuestra primera decisión consciente de vivir con integridad la doctrina de Cristo, es seguro que hemos avanzado mucho por el camino de la fidelidad a su Palabra. Sin embargo, ¿no es verdad que quedan aún tantas cosas por hacer?, ¿no es verdad que queda, sobre todo, tanta soberbia? Hace falta, sin duda, una nueva mudanza, una lealtad más plena, una humildad más profunda, de modo que, dis-

minuyendo nuestro egoísmo, crezca Cristo en nosotros, ya que *illum oportet crescere, me autem minui* (Jn 3, 30), hace falta que Él crezca y que yo disminuya. No es posible quedarse inmóviles. Es necesario ir adelante hacia la meta que San Pablo señalaba: *no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí* (Ga 2, 20). La ambición es alta y nobilísima: la identificación con Cristo, la santidad. Pero no hay otro camino, si se desea ser coherente con la vida divina que, por el Bautismo, Dios ha hecho nacer en nuestras almas. El avance es progreso en santidad; el retroceso es negarse al desarrollo normal de la vida cristiana. Porque el fuego del amor de Dios necesita ser alimentado, crecer cada día, arraigándose en el alma; y el fuego se mantiene vivo quemando cosas nuevas” (ECP, 58).

4. Lealtad a la Iglesia

Para san Josemaría, la fidelidad a Dios es inseparable de la lealtad a la Iglesia, que es cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo: ““Carga sobre mí la solicitud por todas las iglesias”, escribía San Pablo; y este suspiro del Apóstol recuerda a todos los cristianos –¡también a ti!– la responsabilidad de poner a los pies de la Esposa de Jesucristo, de la Iglesia Santa, lo que somos y lo que podemos, amándola fidelísimamente, aun a costa de la hacienda, de la honra y de la vida” (F, 584).

En los últimos años de su vida, que coinciden con el periodo difícil que atravesó la Iglesia a partir de mediados de la década de 1960, sufrió intensamente, como destacan sus biógrafos, por la crisis de fe y de lealtad que se manifestó en muchos cristianos, también sacerdotes y religiosos. Esto motivó que, además de su oración, su mortificación y el ofrecimiento de su vida por la Iglesia, acentuara especialmente las llamadas a la fidelidad en su predicación y sus escritos. Basta recordar la homilía que lleva por título, precisamente, *Lealtad a la Iglesia* (AIG, pp. 13-38), a cuya parte final pertenecen estas palabras:

“Estamos contemplando el misterio de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica. Es hora de preguntarnos: ¿comparto con Cristo su afán de almas? ¿Pido por esta Iglesia, de la que formo parte, en la que he de realizar una misión específica, que ningún otro puede hacer por mí? Estar en la Iglesia es ya mucho: pero no basta. Debemos ser Iglesia, porque nuestra Madre nunca ha de resultarnos extraña, exterior, ajena a nuestros más hondos pensamientos (...). Si acaso oís palabras o gritos de ofensa para la Iglesia, manifestad, con humanidad y con caridad, a esos desamorados, que no se puede maltratar a una Madre así. Ahora la atacan impunemente, porque su reino, que es el de su Maestro y fundador, no es de este mundo” (pp. 37-38).

Recojamos, para acabar, una importante enseñanza más de san Josemaría sobre la fidelidad: el papel decisivo de la Santísima Virgen María, con su ejemplo y su intercesión: “Cuando se ha producido la desbandada apostólica y el pueblo embravecido rompe sus gargantas en odio hacia Jesucristo, Santa María sigue de cerca a su Hijo por las calles de Jerusalén. No le arredra el clamor de la muchedumbre, ni deja de acompañar al Redentor mientras todos los del cortejo, en el anonimato, se hacen cobardemente valientes para maltratar a Cristo. Invócala con fuerza: «Virgo fidelis!» –¡Virgen fiel!, y ruegale que los que nos decimos amigos de Dios lo seamos de veras y a todas las horas” (S, 51).

Voces relacionadas: Esperanza; Fe; Filiación divina; Santidad; Vocación.

Bibliografía: AIG, pp. 13-38; C, 983-999; S, 340-371; Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, II, Madrid, Rialp, 2011; FRANCISCO FERNÁNDEZ-CARVAJAL - Pedro BETETA, *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Palabra, 1995; José MORALES, *Fidelidad*, Madrid, Rialp, 2004.

Javier SESÉ

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.